

HÉCTOR LOZANO

Cuando fuimos los peripatéticos

La novela de Merli



Planeta

3

Héctor Lozano

Cuando fuimos los peripatéticos.
La novela de Merlí

Traducción de Josep Escarré

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Quan érem els peripatètics*

Libro realizado con licencia de la Corporación Catalana de Medios Audiovisuales, S. A.

Libro basado en la serie *Merlí*, producida por la Corporación Catalana de Medios Audiovisuales, S. A.

© Héctor Lozano, 2018

© Josep Escarré 2018, por la traducción

© Corporación Catalana de Medios Audiovisuales, S. A., 2018

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U., 2018

© de la edición en castellano, Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2018

Depósito legal: B. 6.085-2018

ISBN: 978-84-08-18481-2

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

LOS PERIPATÉTICOS

Era para pegarse un tiro en la cabeza. Yo, con dieciséis años, en clase, y por arte de magia, sin que yo supiera nada, a mitad de curso, mi padre estaba entrando con la cartera de profesor. Papá dejó la cartera encima de la mesa y así, por las buenas, se presentó:

—Me llamo Merlí... ¡y quiero que os empalméis con la filosofía!

Fabuloso. Con un disparo no bastaba. Quería que me incineraran y lanzaran mis cenizas a los ojos de mi padre, y que en toda Barcelona ningún colirio le aliviara el escozor. ¿Qué estaba haciendo allí mi padre? ¿Por qué no me había dicho que era el sustituto de filosofía? Pero, eh..., Pol, el malote más deseado del instituto, se rió. Y estaba detrás de mí luciendo su encanto. Me encantaba tenerlo cerca. Nunca usaba colonia, como el resto de tíos guapos. Él tenía su propio olor.

—Marc ya la tiene dura cuando sale de casa... —soltó Pol, y todo el mundo se echó a reír.

—¡Cállate, capullo! —le contestó Marc.

Sí, cállate, Pol. Cállate, que se vaya todo el mundo y me dejas que compruebe si es verdad que no llevas calzoncillos. Pero en primero de bachillerato yo aún estaba dentro del armario, y todo esto solo lo podía pensar, porque no quería que mis colegas supieran nada. ¿O se lo diría a mi amiga Tània?

Merlí continuaba...

—La filosofía sirve para reflexionar sobre el ser humano y para cuestionar las cosas. Quizá por eso quieren cargársela, les parece peligrosa. ¡Y vosotros estáis dormidos! Quiero que estéis atentos a lo que pasa a vuestro alrededor. Preparados para asumir las dudas y las contradicciones de la vida y para aprender de las derrotas. Yo sé algo acerca de este tema, ayer mismo me echaron del piso que tenía alquilado y ahora tengo que vivir con mi madre.

Cuando salimos de clase no me lo podía creer. Parecía que a todos les molaba la chapa de cincuentón *looser* que nos había dado Merlí... Estaba convencido de que había solicitado trabajar en mi instituto solo para joderme. ¡Además de verme obligado a vivir con él y con mi abuela porque mi madre acababa de trasladarse a Roma, ahora tendría a papá en el insti todo el día! Se había presentado a mitad de curso para sustituir al anterior profe, que se había jubilado. Tras aquella primera clase me cogió por banda en el pasillo y se puso filosófico diciendo que el destino nos había unido, que él estaba apuntado en las listas de Ensenyament y que por casualidad pitagórica había salido su número... ¿Casualidad? Existían menos posibilidades de tener a tu padre en clase que de que cayera un satélite chino en mi cama mientras me hacía una paja. Papá se me puso sentimental.

—Cuando eras pequeño os abandoné a ti y a mamá. Me equivoqué. Cuando supe que mamá se iba a Roma a trabajar y que me iba a quedar contigo me alegré. Tengo ganas de vivir contigo, Bruno.

Ya que se sentía culpable por haberme abandonado, y sabiendo que deberíamos pasar muchas horas juntos, estaba claro que yo tenía que aprovechar la situación para ganar algo:

—Vaya mierda de móvil tengo... —le dije a Merlí con la intención de que me comprara uno.

Él pilló la indirecta: me prometió un móvil nuevo. Móvil nuevo, casa nueva... Como a papá le habían echado por no pagar, ahora viviríamos los tres en casa de la abuela. Pensé que ella podría hacer de parapeto entre papá y yo.

Toni, el director del instituto, quiso presentarle a Merlí el resto del claustro. Si fuera por Merlí, él iría a su rollo, y evitaría la sala de profes como si fuera un campo de minas. Eugeni Bosch, jefe de estudios y profesor de catalán, bromeó con él.

—Tú debes de ser el nuevo Aristóteles —dijo—. Ten cuidado con Pol Rubio, es un impertinente. Ha repetido dos cursos y se pasa el día pegado a los morros de Berta Prats.

Merlí fingió una expresión de «Oh, qué interesante» y se fue. En eso le doy la razón: no me interesaba la relación de esos dos. Berta era una chica que parecía estar enfadada con el mundo, pero tenía lo que yo más deseaba: estaba liada con Pol. Pero ella no se daba cuenta de que Pol solo quería pasárselo bien. Eran la única pareja del grupo. Los otros estábamos más o menos igual: a Tània le gustaba Marc en secreto. Básicamente, Marc y Gerard estaban cachondos, como todo el mundo. Y Joan Capdevila estaba todo el día pasando apuntes a limpio y hablando admirado de la forma de dar clase de Merlí. Cuando estábamos todos en el parque a la hora del recreo, al ver que el nuevo profe de filo tenía buena aceptación, pensé que era mejor explicar que Merlí era mi padre. En clase él también había fingido que no me conocía, cosa que le agradecí.

—Pero si tú no tienes padre —replicó Berta extrañada.

—¡Claro que tengo padre, idiota!

—Lo habría dicho en clase, tío. ¡Merlí Berrrgeron! —dijo Marc imitando el acento francés.

No insistí. Volví a casa arrastrando los pies, y allí me esperaba la loca de mi abuela. Vivir con ella me provocaba una mezcla de alegría y pereza. Era capaz de ponerse pesada, como todas las abuelas, pero también era una mujer interesante:

actriz famosa, había actuado incluso en Sudamérica. En Colombia, Chile y Argentina estaban enamorados de ella. Vestía con un toque elegante y afrancesado, era divertida..., al menos me hacía reír un poco:

—Hoy me han dicho que soy una de las mejores actrices del país —dijo—. Pero yo me pregunto: ¿cuáles son las otras? —Y se bebió de un trago un chupito de limoncello.

Carmina Calduch lo hacía todo de forma teatral y excesiva. ¿Se entiende por qué era la madre que parió a Merlí? Estaban cortados por el mismo patrón. Mi habitación aún no era «un caos ordenado», como decía siempre papá. Mis cosas estaban en su sitio, aunque en cuanto entré tuve que apartar un maniquí con el vestuario del nuevo espectáculo que la abuela estaba ensayando. Aquella todavía era la habitación donde ella guardaba objetos y vestuario de teatro. Tenía que compartir el espacio con reliquias teatrales. Me dejé caer en la cama y me dormí vestido. Demasiadas novedades y estrés. Dormí diez horas seguidas..., hasta que papá me despertó.

Un nuevo día en el insti estaba a punto de empezar y aproveché para pedirle dos cosas: que le dijera a todo el mundo que yo era su hijo y así nos lo sacábamos de encima —se acabaría sabiendo de todas formas—, y que no contara que hacía danza como clase extraescolar. No quería que nadie lo relacionara con mi orientación sexual secreta. Papá no estaba de acuerdo con que ocultara que soy gay, pero se comportó. No dijo nada a nadie sobre la danza, y en cuanto entró en clase escribió BERGERON en la pizarra. Toda la clase comprendió que él era mi padre. La gente flipó bastante, y flipó aún más cuando nos dijo que no quería estar encerrado en clase y que nos llevaría a pasear. «¡Ya empezamos!», pensé resignado. Todos lo seguimos un poco desconcertados, y yo me repetía a mí

mismo «Papá, por favor, no gastes bromas sexuales». Nos llevó hasta la cocina del insti, y allí nos explicó quiénes fueron los peripatéticos: unos estudiantes de la escuela aristotélica que filosofaban mientras paseaban. Esto ocurrió en torno al 335 a. C.

—¡Caminad y reflexionad...! ¡A partir de ahora, esta será la clase de los peripatéticos!

—Merlí... —intervino de repente el guaperas de Pol—. Dijiste que la filosofía sirve para poner en duda lo que sabemos..., y creo que todo el mundo puede hacerlo, aunque a mucha gente se la suda. No todo el mundo quiere hacerlo.

—Te acabas de convertir en mi alumno preferido —sentenció Merlí satisfecho.

Lo que no se imaginaba Merlí es que había otro alumno que acabaría siendo no solo uno de los favoritos, sino un amigo: Ivan Blasco, que no iba a clase desde hacía dos meses. En clase, Merlí se había fijado en que había una mesa vacía; era la de Ivan, que un buen día decidió dejar de ir al instituto. No le gustaba ser considerado como «el friki». Sí, en algunos aspectos era diferente a nosotros, pero... ¿quién no lo es? ¿Es que acaso todo el mundo debe ser igual? Ya se sabe que, a veces, quien se sale un poco de la «norma» no es aceptado dentro del grupo. Ivan hablaba poco, leía los periódicos por internet y comía yogur durante el recreo. Nadie lo entendía. Se le hizo el vacío, la gente se reía a su alrededor, y nadie se le acercaba... Se fue encerrando en sí mismo por culpa del *bullying* «sutil» que se le hacía. Merlí preguntó por él a Toni, que le explicó que a Ivan le habían diagnosticado un principio de agorafobia. No salía de casa, tenía ansiedad, y Eugeni se había ofrecido voluntario para prestarle atención a domicilio. Al oír eso, a papá se le cruzaron los cables:

—¿Cómo puedes permitir que el mediocre de Eugeni se cuele en casa de un agorafóbico? Es cruel, es... ¡de Dickens!

A Toni no le gustó nada esa injerencia. Como director,

desempeñaba un papel conciliador, pero Merlí lo puso nervioso y le dejó clarísimo que ya tenía decidido quién se encargaría del chico.

—Eugeni será el profesor de refuerzo de Ivan, y punto.

¿Y punto? A Merlí Bergeron no le podías decir «y punto», porque cogía con las manos aquel punto y lo machacaba con la mente hasta hacerlo desaparecer. La prueba es que dos horas más tarde se presentó en casa de Ivan por sorpresa. Cuando llegó al rellano se encontró con su madre, Míriam, llamando ansiosa a la puerta. Ivan se había encerrado por dentro. Merlí se mostró calmado y le dijo que se encargaría de él. No es que fingiera ser Eugeni, sencillamente dijo que había habido una confusión y que era él quien le haría la atención a domicilio. Míriam se fue más o menos tranquila.

—Ivan, sé que estás escuchando al otro lado. A partir de ahora, soy tu profesor particular. ¿Me abres?

Como solo obtuvo un silencio por respuesta, Merlí se sentó en el suelo del rellano a esperar.... y a esperar... Merlí le iba contando a Ivan lo primero que le venía a la cabeza. ¿Y qué es lo primero que tiene en mente un profesor de filosofía? Filosofadas...

—Cuando Diógenes era esclavo, su dueño le preguntó: «¿Qué es lo que sabes hacer mejor?». Y él le contestó: «Yo sé mandar, y te ordeno que me liberes». Entonces, su dueño le concedió la libertad y lo convirtió en tutor de sus hijos.

Se hizo otro largo silencio. De repente se le ocurrió explicarle que, si no le abría a él, al día siguiente iría Eugeni Bosch. Unos segundos después de decir esto, Merlí escuchó ruidos en la puerta. Pudo ver cómo se abría muy lentamente, con miedo, solo unos centímetros, lo justo para que Merlí pudiera ver una mirada perdida, una cicatriz que cruzaba el lado de una cara oscura y un pelo largo y sucio que tapaban unos ojos: los de Ivan, el peripatético que faltaba.

Tània era la única persona que parecía preocuparse un poco por mí cuando me comía el tarro. Aquella tarde vino a casa y se estuvo probando por encima algunos vestidos de personajes que había interpretado mi abuela. Tània se imaginaba a sí misma con aquellos vestidos representando una obra de teatro en el mismo escenario que Marc, que hacía la extraescolar de teatro. Se puso cachonda:

—Ufff..., esta noche, antes de dormirme, follaré mentalmente con Vilaseca.

—Yo me hago una paja todos los días.

Eso la hizo pensar.

—Tío..., ¿por qué los tíos pueden hablar de masturbación delante de todos y en cambio las tías somos tan discretas?

Tània estaba en lo cierto. Los tíos somos casi primitivos con este tema, especialmente el salido de Marc..., y hablamos abiertamente sobre pajas, no nos importa que nos oigan. En cambio, las pajas femeninas son una especie de tabú, ¡y no deberían serlo!

—Lo importante es que nos hagamos las pajas que nos dé la gana —añadió ella.

—No, no, lo importante es que folles con Marc...

—Vale. Yo con Marc... ¿Y tú con quién? Tío, a ti te mola alguien, lo noto...

¿Que si me molaba alguien? Me volvía loco alguien, mejor dicho. Ufff..., deseaba a Pol como nunca he deseado nada en este mundo, aunque sabía que Pol era heterosexual. Y encima, yo, en ese momento, tenía un caos mental insoportable. Estaba dentro del armario, por eso, en las conversaciones entre amigos, siempre fingía ser hetero. Me daba tanto miedo que todo el mundo supiera mi orientación... A Ivan lo habían marginado solo por ser un poco diferente. No le daban conversación y lo marginaban... ¿Qué me podía pasar a mí? Todos esos rollos sobre que si estábamos en el siglo XXI y sobre que

la homosexualidad estaba aceptada no me servían. Por mucho que las leyes estén a favor de los gays en algunos países, todavía hay discriminación.

Suspiré profundamente, y con mi suspiro, Tània entendió que sí, que estaba pillado por alguien.

—¡Lo sabía! ¿¿¿Quién es???

—No te lo diré.

—¡Cabrón! —se quejó Tània, y empezó a golpearme con la almohada.

Me gustaba estar con ella. Era espontánea, sincera, transparente... La mejor amiga que he tenido nunca. Aquella tarde no le conté que quien me gustaba era Pol, pero ya me había liberado un poco explicando que mi corazón suspiraba por alguien.

Por la noche, ya estaba en la cama cuando Merlí llegó con el móvil nuevo, comprado en los chinos, las cosas como son.

—Papá..., tengo miedo de lo que puedas llegar a hacer en clase. Reconoce que eres complicado.

—Sí..., soy complicado —admitió—. Pero aún lo es más el mundo en el que vives, hijo. Quiero que seas crítico con lo que te rodea. No me creo que los adolescentes solo tengáis en mente el sexo y emborracharos. También tenéis miedos, ¿verdad? Deseáis experimentar cosas nuevas, pero al mismo tiempo estáis acojonados. Quizá un día te enamores y no seas correspondido. Así es la vida. No siempre gustas a quien te gusta. Tienes razón, Bruno, tienes un padre complicado, pero soy el mejor profesor que has tenido. Y con el tiempo te darás cuenta de que tengo razón.

Nota de voz

Eh, Mina... Hoy, mientras estaba lavando los platos, he notado la ausencia de papá. Me imaginaba que, si él estuviera, ahora estaríamos los tres cenando en un restaurante italiano, y nos estaríamos peleando por la última anchoa de la pizza. ¿Y sabes quién se quedaría con ella? Él. Papá siempre se salía con la suya. Me he secado las manos y me he sentado de nuevo frente al ordenador para explicarte cómo propuso a los peripatéticos escribir un poema erótico, y cómo tanto a papá como a mí nos pegaron un puñetazo el mismo día.

PLATÓN

—¿Quién quiere hacer trampas en el concurso literario? —nos propuso Merlí en clase después de explicar el mundo sensible y el mundo inteligible de Platón.

Habían pasado unos días y me había llegado a creer que quizá Merlí se calmaría..., pero no. Sugirió que entre todos escribiéramos un poema basado en la idea de amor que tenía Platón. Y quería que lo hiciéramos sin explicar nada a nadie.

—Haremos lo mismo que las grandes familias de clase alta: ¡guardaremos un secreto inconfesable en el desván! —dijo Merlí riéndose.

La idea de hacer trampas era tentadora. Joan, como buen empollón responsable, levantó el brazo para decir que la idea iba contra las normas, pero todos le obligamos a callar porque queríamos jugar a ser poetas.

—Merlí..., tengo una propuesta... —intervino Pol—. ¿Qué tal si escribimos un poema erótico?

Euforia colectiva. ¿El cabroncete de Pol proponiendo un poema erótico? ¡Ese poema podía escribirlo yo sin ayuda de nadie! ¿Un poema sobre él y yo? Solo había que soltar mis tensiones y podría escribir mil versos. En cambio, Berta habría escrito una poesía muy diferente, llena de mala leche contra Pol. Porque por muy colgada que estuviera, él solo la tenía como follamiga de buen rollo, y últimamente ya se estaba aca-

bando el buen rollo. Berta sufría, y parecía que no quisiera darse cuenta de la situación:

—Nos veremos esta tarde, ¿verdad? —preguntó ella ansiosa.

—No puedo, tengo que ir a recoger a mi abuela al centro de día.

—Pues nos vemos después —insistió.

—Berta, estamos bien así, ¿no? Nos vemos por el insti y ya está. Vamos, no te enfades. Somos amigos, ¿no?

Berta entendió que estaba cortando con ella y se echó a llorar. Pol no sabía dónde mirar. Entiendo a Berta, porque le daba rabia que él le hubiera hecho creer que la quería para asegurarse el rollo sexual con ella. Mientras lloraba se le ocurrió una estrategia para joderlo: le dijo que se le había retrasado la regla y que estaba acojonada por si se había quedado embarazada. Pol se lo tragó y se acojonó, porque ya se olía el percal. Se fue a su casa muy rayado.

En realidad, la casa de Pol era un piso de su abuela, lleno de muebles antiguos y con olor a rancio. Era como si aquel piso formara parte de un decorado de una peli ambientada en 1980. Pero a la vez era acogedor, porque toda la decoración la había escogido su abuela en una época en que era una mujer llena de luz y de proyectos..., una luz que ahora ya estaba casi apagada, porque la oscuridad del alzhéimer se había apoderado de sus recuerdos. Pol adoraba a su abuela, y en aquel momento, en que lo mortificaba la idea de haber dejado embarazada a Berta, necesitó sentarse a su lado y desahogarse.

—Abuela..., un amigo mío tiene miedo porque cree que ha dejado embarazada a una chica. Está superacojonado, ¿sabes?

La abuela, en un momento de lucidez, le explicó que en una ocasión se había enfadado con su abuelo.

—Durante las fiestas de San Marcos, vi a Lorenzo mirando a mi prima Angustias. Me puse fatal, y le dije que estaba preñada de él. Le sentó tan mal la noticia que se bebió una bote-

lla de anís, y eso que nunca habíamos hecho ñaca-ñaca. Al final se acercó tanto a mí que me dejó embarazada de tu madre.

Pol sonrió triste. Solían tener conversaciones a menudo surrealistas, pero esta tenía más sentido que nunca.

—Cuando llegue tu madre le voy a recordar cómo vino al mundo. Vaya que si se lo cuento.

A Pol le entraron ganas de llorar pensando en su madre, que había muerto cuando él era pequeño, y se fue a la cocina. No quería que su abuela lo viera triste. Pero allí se encontró con su hermano Óscar, cuatro años mayor que él, con cara de pocos amigos, y reprimió el llanto con todas sus fuerzas.

—¡Tú, ya puedes ir a comprar, que no hay ni pan en la nevera, joder! —gritó Óscar antes de salir dando un portazo.

Una vez solo, la tristeza de Pol se convirtió en rabia, cogió el primer vaso que encontró y lo lanzó contra la pared. A ver si así rompía toda la mala suerte que la vida le estaba regalando. ¡Mierda de vida!

En los institutos nadie sabe lo que pasa en casa de cada alumno. En el aula, todo el mundo muestra una sonrisa, pero arrastra la mochila emocional de lo que ha vivido en su casa, ya sea para bien o para mal. Pol era el que llevaba la mochila más cargada de malos rollos, pero también era quien más lo disimulaba. En cuanto a Ivan, el pobre ya ni aparecía por clase. No necesitaba disimular nada. Cuando Toni supo que Merlí se había presentado en casa de Ivan sin permiso, le exigió que respetara las normas del instituto. Pobre ingenuo.

Merlí no tardó ni una hora en volver a visitar a Ivan y pedirle hábilmente que le dijera a su madre lo importante que era que le diera las clases él y no Eugeni. Una de las lecciones que aprendí de papá es que con morro se consiguen más fácilmente las cosas. Ivan ya le había cogido una cierta simpatía a

Merlí, y como no quería ver a Eugeni por su casa, esa misma noche le dio el mensaje a su madre. Míriam no tardó en hacerle entender a Toni que el profesor particular de su hijo debía ser Merlí, sí o sí. Toni, de mala gana, tuvo que ceder: Merlí haría el seguimiento de Ivan.

Al día siguiente, en clase, todos los peripatéticos ya estábamos escribiendo el poema con Merlí. Todo el mundo intervenía menos Pol, que estaba extrañamente serio. El poema quedó así:

Como un caballo salvaje
a las puertas de la ciudad,
busco tu imagen,
un tesoro que cuidar.
Aunque mis ojos
no te puedan ver,
formo parte de tu ser,
como el agua de la tierra.
Siento envidia del viento
que te acaricia entera.

Cabe decir que yo también levanté la mano y leí en voz alta mi aportación personal para dinamitarle la poesía a papá:

Cuando uno se toca la polla
es que hace tiempo que no folla.

Por primera vez le metía un zasca a mi padre delante de todos. El castigo por haberlo provocado fue que debería ser yo quien subiera a recoger el premio en caso de que ganáramos. Me daba igual, yo ya estaba contento por haber dado un po-

co la nota, ¡y además había conseguido que Pol se riera un poco con mis versos cutres! Cuando te gusta alguien y lo haces reír, tienes la sensación de recibir un premio. Celebré mi pequeño éxito durante el recreo comiendo un bocata, cuando Tània me explicó que Berta había engañado a Pol con lo de la regla. Entendí entonces por qué Pol estaba tan tenso aquella mañana. Lamentaba que él lo estuviera pasando mal, y quise contarle la verdad para ayudarlo, pero con los nervios elegí la peor manera de hacerlo:

—Sé toda la movida que tienes con Berta. Tranqui, ya te ayudaremos a cambiar pañales, papi.

El puñetazo de Pol me hizo ver las estrellas. ¡Yo, que había querido ayudarlo y convertirme así en alguien importante para él! Pero aquella broma de mierda no me salió bien. Me quedé hecho polvo anímicamente, y con el labio abierto. Me sentía más desgraciado y solo que David Copperfield.

Cuando le conté a Tània todo lo que había pasado, ella me pilló enseguida:

—Soy idiota..., en el fondo siento pena por un chulo de mierda —me lamenté.

—¿Pena...? ¿Solo...? ¿No será que te gusta Pol? —dijo Tània.

¡Joder, cómo me conocía Tània! Le lancé una mirada como de «por fin alguien pone palabras a lo que siento por dentro». Ella sonrió con cara de «me das pena porque te mola un hetero y lo pasarás fatal», pero me sentí acompañado. Era la misma pena que sentía yo por mí mismo.

Solo la danza me podía ayudar a evadirme, así que me fui a bailar. La danza me hacía sentir libre. Allí podía expresar el... tornado de emociones que tenía dentro de mí. Cualquier palabra relacionada con una catástrofe meteorológica era perfecta para definir mi estado: *huracán, ciclón, tormenta...* ¿Pe-

ro qué pasa después de cada tormenta? Que sale el sol..., y el sol más precioso apareció por la puerta del aula de danza: Pol. Ya había terminado la clase, y estaba recogiendo mis cosas cuando lo vi en la puerta del aula. ¿Qué estaba haciendo él allí? Qué vergüenza...

—Tu padre me ha dicho que estabas aquí. Se le ha escapado. Qué callado te lo tenías... —dijo con una sonrisa.

—¿Qué quieres, Pol?

—¿Te duele el labio? —preguntó con tono de arrepentimiento—. Tío, estoy muy nervioso. Si Berta estuviera embarazada, me muero.

—¿Ya no te gusta Berta? —le pregunté con interés.

—Yo no me enamoro nunca, Bruno. Soy así.

Pol dio a entender con un gesto que se iba, pero le detuve.

—Espera. Berta no está embarazada. Se ha inventado lo de la regla porque querías dejarla.

Cuando oyó mis palabras, se sintió tan liberado y feliz que, del mismo modo que me había dado una hostia, me abrazó con fuerza.

Para mí, ese momento fue la bomba. Yo allí, intentando no gritar como si me hubiera tocado la lotería, mientras el malote me apretaba contra sus pectorales olímpicos. Duró poco, pero fue muy intenso, y me fui a casa con la sensación de que lo seguía abrazando. Ni siquiera estaba enfadado con papá por haberle dicho a Pol que hacía danza, incluso estaba contento de que se hubiera saltado el pacto que teníamos. Pero estar contento con papá era una sensación que solía durar poco. Se terminó justo cuando entré por la puerta de casa y vi que encima del sofá estaba mi profe de inglés, Laia, en pelotas. ¡Increíble! Además de saltarse a la torera las normas del instituto, ¡papá se pasaba por la piedra a una profe veinte años más joven! ¡Y encima ella tenía novio, Albert, el de educación física!

Merlí era tan bueno seduciendo a una mujer como enseñando filosofía. Sin dar demasiada importancia a la bronca que le metí por liarse con una profe, se fue a casa de Ivan para empezar las clases de refuerzo. Tenía el piso hecho un asco. Cáscaras de naranja, kleenex usados, botellas de agua vacías... La solución para que Ivan limpiara el piso fue amenazarlo con robarle el ordenador portátil que lo mantenía conectado con el exterior. Así era papá, se sacaba de la manga soluciones poco éticas. Descorrió la cortina y el salón se iluminó. Ivan apartó la mirada, como un vampiro al que le molesta la luz.

—¡Ahí afuera está el mundo de los vivos! —exclamó cabreado—. ¡Tarde o temprano tendrás que volver! ¡Solo tienes una vida!

Ivan estuvo a punto de protestar, incómodo aún por el exceso de luz, pero Merlí volvió a correr la cortina, apagó la luz del comedor y cogió una caja de madera para recrear una cueva. Entonces encendió una vela y colocó en la caja unas figuras de juguete que se había traído de casa. Una de ellas era un pequeño busto de Beethoven que la abuela había colocado encima de la cómoda del comedor. En pocos segundos había creado el ambiente propicio para ilustrar el mito de la caverna de Platón.

—Fíjate bien, Ivan. Dentro de esta cueva hay unos hombres atados por los pies y por el cuello que solo pueden mirar hacia delante. Detrás hay un muro y más allá un fuego encendido. Los hombres que mantienen el fuego mueven unas figuras por encima del muro que se proyectan en la pared de la cueva. Los prisioneros creen que las sombras que ven son la realidad, porque es lo único que pueden ver. Un día, uno de los hombres consigue liberarse de las cadenas y sale de la cueva. El sol le ciega los ojos, pero poco a poco se acostumbra a la luz y descubre que la realidad es la del exterior y no las sombras de la caverna.

»Ivan... —le dijo mirándolo a los ojos—. Yo te sacaré de la caverna.

Precisamente esto es lo que hizo con todos nosotros Merlí, no solo con Ivan: nos cogió de uno en uno y nos guio hacia la luz, aunque fuera acompañados de un poema erótico. Cualquier excusa servía para conducir a los peripatéticos hacia el exterior de la cueva. Y siempre lo hacía con éxito, la prueba está en que el poema ganó el segundo premio del concurso literario.

Ya habían pasado dos semanas desde que lo habíamos entregado. El salón de actos estaba a rebosar. Cuando Toni anunció que el segundo premio era para el poema *Erótica Troya*, toda la clase estalló en aplausos. Subí discretamente a recoger el premio, como habíamos acordado. Debía subir a dar las gracias sin revelar que la autora del poema era la clase entera. Cuando empecé con los agradecimientos, Merlí me interrumpió y contó la verdad:

—Este poema no lo ha escrito solo Bruno. Lo escribieron entre todos los alumnos de la clase de los peripatéticos. Los quiero felicitar porque han sabido guardar el secreto.

Todo el mundo se quedó alucinado. Toni lo estrangulaba con la mirada. Me puteó tanto que me avergonzara que me fui directamente a contarle a Albert que su novia Laia y Merlí recitaban juntos en francés el *Cogito ergo sum* de Descartes. Albert salió en su busca, y yo, en ese momento, ya me estaba arrepintiendo, porque lo veía muy alterado. Seguí a Albert y vi que se dirigía hacia Merlí, en medio del pasillo, y que sin mediar palabra le pegaba un puñetazo. Al verlo, la herida de mi labio palpitó y me sentí culpable.

¿Cómo habíamos acabado así? Yo recibiendo una hostia de Pol y papá, por mi culpa, recibéndola de otro profesor. ¿Cómo podía volver a casa esa noche? Estuve dando vueltas muchas horas, imaginándome el terremoto que me esperaba, y esta vez no habría podido defenderme de ninguna manera. Me sentía como un mafioso que envía un sicario para hacer el trabajo sucio. Finalmente, entendí que debía pringar y aceptar mi error ante él. Cuando abrí la puerta de casa, tenía miedo..., pero no contaba con que papá siempre te sorprendía, pasara lo que pasara. Me lo encontré leyendo. Sí, sí, estaba leyendo *Ética a Nicómaco*, de Aristóteles, y recordé una vez que papá me había dicho que, si no fuera por mi madre, que lo impidió, yo me llamaría Nicómaco, como el hijo de Aristóteles.

—Siéntate, Bruno —dijo con mucha suavidad, y con la herida del labio seca.

Me senté, desorientado, y colocó sobre mi regazo un regalo envuelto. ¿A qué venía eso? ¿Era otra broma? Abrí el regalo; era un libro: *El banquete*, de Platón.

—En este libro —dijo—, Platón describe muchas maneras de amar.

Me sentí comprendido. Intercambiamos una sonrisa tierna y nos quedamos en silencio. Los dos habíamos acabado con una herida en el labio y un libro en la mano. Nos unían la sangre y las letras, Mina. Las dos grandes herencias que hemos recibido de papá.